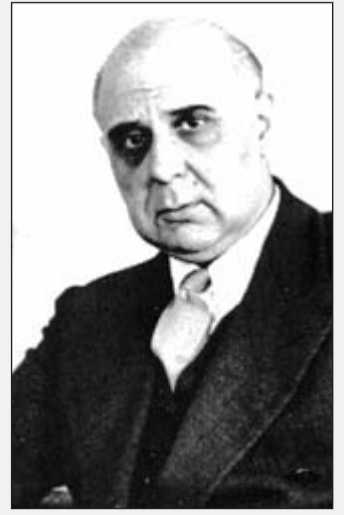




Olga de León / Carlos Alejandro

La verdad, a medias, no se entiende



Giorgos Seferis

LA PAJA EN EL OJO

-La verdad, a medias, mejor ni se discute; y a ciegas, menos - dijo, Éder, tartamudeando.

Había sufrido un accidente automovilístico a las siete de la mañana, conduciendo ebrio y a cien kilómetros por hora sobre Avenida Umbral de Ciudad Grande. Perdió el control, dijo, por una broma que le jugó su primo, quien por momentos intermitentes y repetidos dormía en el asiento trasero. "Se levantó y quiso abrazarme, pero me tapó los ojos con sus manos... me fui contra el muro de contención.

La familia había viajado desde Rancho Chico y sospechó que Éder mentía. "¿La paja en el ojo ajeno?", me pregunté yo. "¿Su primo se sacó la paja del ojo propio y se la colocó al conductor para que no viese?" Nadie podría asegurarlo, ni deseaban que así hubiese sido. Aunque el daño estaba hecho: la verdad, ni a medias, ni a ciegas, se discute.

Aspiraciones de un Necio

El Monigote Azul se estremeció al pronunciar su discurso: creyó que al deshumanizar al pueblo estaría maquinizándolo y, así también, previniendo el pecado que tantos golpes había atestado contra Ciudad Mágica. La lógica del Monigote Azul era que todo pecado era fruto de una necesidad humana: la pasión. Pero los noticieros nocturnos se lo aclararon: Algunos pecados no son apasionados; ya lo había mencionado el historiador de la Antigua Grecia, Herodoto: La abundancia de bienes le trae envidia e insolencia al corazón de los mandatarios. Por eso, ahora el Monigote Azul odiaba a su propia aristocracia y se engañaba pensando que sus corruptelas eran el resultado inevitable de su propia humanidad. No aceptaba que provenían de fríos cálculos por enriquecerse y un soberbio soborno de los medios de comunicación.

Juventud Virtual

Rico coloca un puño sobre su mandíbula, pero no sonríe para la fotografía. Busca pareja por internet y me comenta: "El problema es que las mujeres de mi edad sólo quieren encontrar quién les críe a los hijos. ¡Sí hombre!, hasta hay un sitio en el que cada una se anota con lo que gana, y especifica cuánto debe ser el rango de ingresos aceptables para un candidato a pareja".

El rostro de Rico revela su decepción. Luego discute los problemas y chismes que Mántico ha despertado en la universidad: que si anda de pareja con otro hombre o no; que si... Rico se queda callado un momento. Considera por unos segundos si esa sería una opción, o la solución, para él; su última mujer lo ha dejado, prácticamente, "en pelotas": Le quitó la casa y sus cuentas de ahorros. Y ahora, hace una semana, la alumna que le había estado coqueteando todo el semestre, y a quien él le había hecho creer como factible alguna promesa para ingresar a un buen posgrado, lo ha abandonado antes de que el profesor le pusiese una mano encima.

Rico toma la copa de vino frente a él y da un sorbo lento. Cuando se acerca el mesero, ordena un corte uruguayo. Vuelve su atención a la presencia que tiene en esos momentos en la silla junto a él. Ya no está sorprendido de que su viejo alumno quiera abandonar la Literatura. Rico piensa en sus deseos de retirarse



como académico y regresar al Ecuador para rescatar a Pablo Palacio, a Jorge Icaza o a Demetrio Aguilera Malta. Hacer por ellos, o por cualquier otro conacional, lo que ya hizo como crítico literario y académico con algún par de escritores mexicanos: subir sus nombres a un estante más alto.

Pero, para su retiro aún faltan dos o tres años. ¿Los sobrevivirá? La soledad lo aniquila, no poco a poco, sino deprisa, más bien. Le cuesta trabajo dormir solo, luego de treinta años de casado; y ha comenzado a subir de peso. Únicamente pide encontrar compañía durante el tiempo que le queda en México.

Su hijo Pablo no lo ha decepcionado. Se dedica a escribir literatura, y no a escribir historias, análisis, a contar cuentos sobre ella. Trae la literatura dentro de las venas. Su hijo no se aburre de enseñar cada semestre lo mismo sobre los mismos autores extraordinarios. Le sobra el tiempo para leer a una gran cantidad de autores oscuros. Además, su hijo se la rifa en grande con las mujeres que conoce en la red, y se da el lujo de no sonreír cuando tiene una cámara enfrente, sin ni siquiera tener la necesidad de colocar el puño sobre la mandíbula para proyectar o parecer ser: tan interesante, como realmente lo es.

LOS MISTERIOS DE LA VIDA Y DEL AMOR.

Llevaba varios días durmiendo mal, la piel se le había amoratado.

- Mira hija -le dijo a la joven junto a ella, mostrándole brazos y pantorrillas.- ¿Por qué me

saldrían tantos moretones? -Hasta ese momento se había percatado del color violáceo que cubría su piel en distintas partes de su cuerpo.

La pobre mujer otra hora alegre y sonriente, sin más reclamo ni queja, sim-

plemente sonrió una vez más, no sin cierto esfuerzo. Y, al hacerlo, dejó al descubierto sus encías: ¡totalmente amoratadas! Por primera vez, la hija realmente se estremeció, entendió que algo muy grave le sucedía a su madre. Esa misma tarde su hermano mayor -en cuanto regresó de trabajar- la llevó al médico, y éste ordenó de inmediato su internamiento en el hospital.

Tres días, solo tres días, aquella mujer vivió metida en cama de hospital, creyendo que una fuerte anemia la había atacado repentinamente. La "anemia" tuvo nombre: "Su madre sufre de un Lupus en fase terminal". ... en el consultorio, le diría el médico a los hijos ahí reunidos.

Sin embargo, su vida no fue siempre de sufrimiento y dolor. Tuvo más días maravillosos y alegres que la recompensaron por todas las carencias de afectos que gozó a medias de niña, menos de adolescente. Había dado a luz siete hijos, cuatro varones y tres niñas, de estas últimas, la mayor, una pequeña que fuera la primogénita: "voló al cielo", solía decir la madre, y así había sido: antes de llegar a los dos años. Por eso, menos podían entender los mayores de sus hijos, ahora, que el mal que repentinamente aquejara a su madre fuera Lupus. Pero el médico no dijo suponerlo, aseguró que eso era lo que arrojaron los resultados de los exámenes y el sangrado intermitente que ella sufría los últimos días, no dejaba duda. Tal vez, el exceso de medicamentos para aliviar otro mal que la aquejaba hacía tiempo, le desató el funesto daño.

Por qué han de sufrir tanto, aún próximos a la hora de su muerte, algunos seres que jamás le hicieron daño a nadie. Ella, fervorosa católica que era, habría contestado quizás: "pagamos por los pecados de los que nos anteceden o de los que nos seguirán: así aseguramos nuestro cachito de cielo y otros tantos

para los hijos, pecadores o no". Pero eso es solo especulación de quien quiere entender... de quien no entendió entonces, y tampoco ahora... La verdad, a medias, no se entiende.

Cuatro años antes, menos cinco días, el esposo y padre habíase adelantado en el viaje al más allá. Y desde entonces, ella no volvió a ser la misma. Se había quedado sola, más sola que nunca, a pesar de sus seis hijos. Cuatro años, menos cinco días, ese fue el tiempo que ella resistió la ausencia de su amor.

El pájaro que se creía pavo real.

Envilecido por la ambición y creyendo que las y los pajarracos que lo rodean, le decían la verdad cada que lo adulaban, ese al que llaman Jaime (para desgracia de otros seres maravillosos e inocentes que llevan tal nombre), habló con algunos de sus superiores a fin de que lo propusieran para dirigir al Consejo de la Cultura de la Región más Regia del Norte (según los nativos de ella). Tan bien le había ido minando las arcas de la Casa más grande de las Hermosas Artes, que ahora soñaba con seguirle en otra parte, más arriba o ligeramente abajo: "¡qué importa!, con que pueda seguir llevando maíz para mi rancho". ¡Que la Escuela haya caído en desprestigio, qué importa al mundo!

Los académicos de vocación, tanto los que no pudo despedir, porque le anteceden en derechos amén de en credenciales y capacidades, como los que sufrieron la fustigación de su veneno y envidia por no estar él a la altura de la ética, el arte ni la academia de los que despidió u orilló a que se fueran, confían en que al menos por una vez en esta región: la incapacidad y la corrupción no se impongan a la razón, la verdad ni al arte.

El poeta griego Giorgos Seferis, cuyas obras destacan por su estilo preciso, su riqueza simbólica y por la ausencia de adornos innecesarios para hablar de los problemas históricos de su país, murió el 20 de septiembre de 1971, a la edad de 71 años.

Fue el primer escritor griego en recibir el Premio Nobel de Literatura en 1963 "Por su obra eminentemente lírica, inspirada por un profundo amor hacia el mundo y la cultura helénica".

Giorgos Stylianos Seferiades nació el 13 de marzo de 1900 en Esmirna, Grecia (hoy Ismir, Turquía) y estudió en la universidad de París.

Al concluir sus estudios en Derecho, regresó a Atenas y fue admitido en el Real Ministerio de Asuntos Exteriores de Grecia, lo que fue el comienzo de una larga exitosa carrera diplomática, según información de "Nobel Prize".

Durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), Seferis acompañó al Gobierno griego a Egipto, en la postguerra volvió a Londres como consejero de embajada, y luego en Ankara, para ser embajador en Líbano, y finalmente en Londres.

En 1960 fue nombrado doctor Honoris Causa por la Universidad de Cambridge y en el verano del 62, abandonó la embajada en Londres. Un año más tarde fue galardonado con el premio Nobel de Literatura, y a consecuencia de esto, la mirada del mundo se dirigió a Grecia.

Fue así que comenzaron a salir a la vista obras de otros autores como C. Cavafis (1863-1933), N. Kazantzakis (1883-1957), entre otros.

Algunas de las obras más conocidas que publicó Giorgos Seferis fueron los ensayos "Dokimes" (1962), "Los poemas recogidos de Seferis" (1924), "Cuaderno de estudios" y los tres tomos de "Diario de abordo". Seferis murió el 20 de septiembre de 1971 a los 71 años de edad.

ad pēdem literæ

La vida no se ha hecho para comprenderla, sino para vivirla.

Jorge Santayana

letras de buen humor

"La ociosidad camina con tanta lentitud, que todos los vicios la alcanzan."

Benjamin Franklin

En interiores...

Hay muchos enfermos

Oscar G. Baqueiro

Página 2

Esperando a Ariadna

Patricio Pron

Página 3

La Voz del Papa

Página 4